

ANTONIO DE BENITO

Ilustraciones: M^a JOSÉ ACHIAGA

Mi primer verano en Trébago



Mi primer verano en Trébago

ANTONIO DE BENITO

Ilustraciones de M^a JOSÉ ACHIAGA

© Antonio de Benito (textos)
© M^a José Achiaga (ilustraciones)
© Palomero Delgado editores

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún procedimiento (fotocopia, filmación, grabación magnética, electrónica, informática, mecánica, mecanográfica, o cualquier otro), sin permiso escrito de los titulares del Copyright.

A todos los niños de Trébago. A todos los que han sido niños en Trébago. A todos los que continúan siéndolo. Y de una manera especial a Conchita y Juan, por su trabajo, compromiso con la cultura y su amistad.

Este libro puedes descargarlo gratuitamente por cortesía de los autores y los editores, titulares del Copyright.

Y de la Asociación de Amigos de Trébago, que nos ha cedido su espacio web para su ubicación en www.trebago.com

Disfruta de su contenido.

Disfruta de Trébago.

PALOMERO DELGADO EDITORES, S.L.

www.palomero.com

Imprime: Ochoa Impresores. LOGROÑO

I.S.B.N.: 84-87854-29-X

Dep. Legal: LR-227-2006

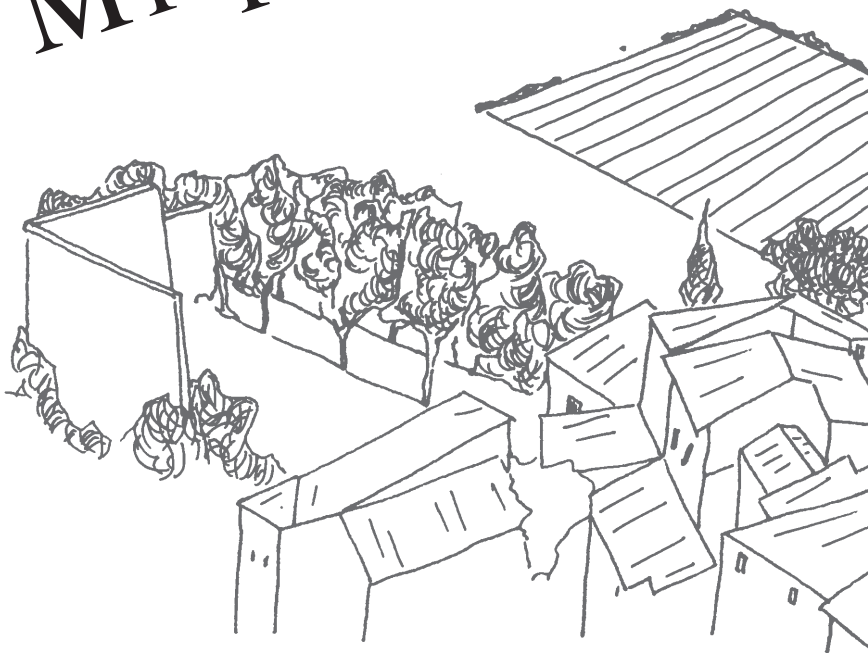
Palomero Delgado editores es una editorial que se dedica a la publicación de libros técnicos relacionados con la formación académica y el mundo de la empresa (Contabilidad, Matemática Financiera, Economía,...).

En este caso ha hecho una excepción. Y lo ha hecho, fundamentalmente, por dos motivos. Uno, porque se trata de un libro sobre Trébago, pequeño pueblo de la provincia de Soria, a los pies de la Sierra del Madero, cerca del Moncayo, que tiene una magia especial, en donde nació Conchita Delgado, autora de muchos de los libros técnicos comentados anteriormente, casada con Juan Palomero, autor también de una buena parte de dichos libros, presidente de la Asociación de Amigos de Trébago, y ambos socios fundadores de la editorial.

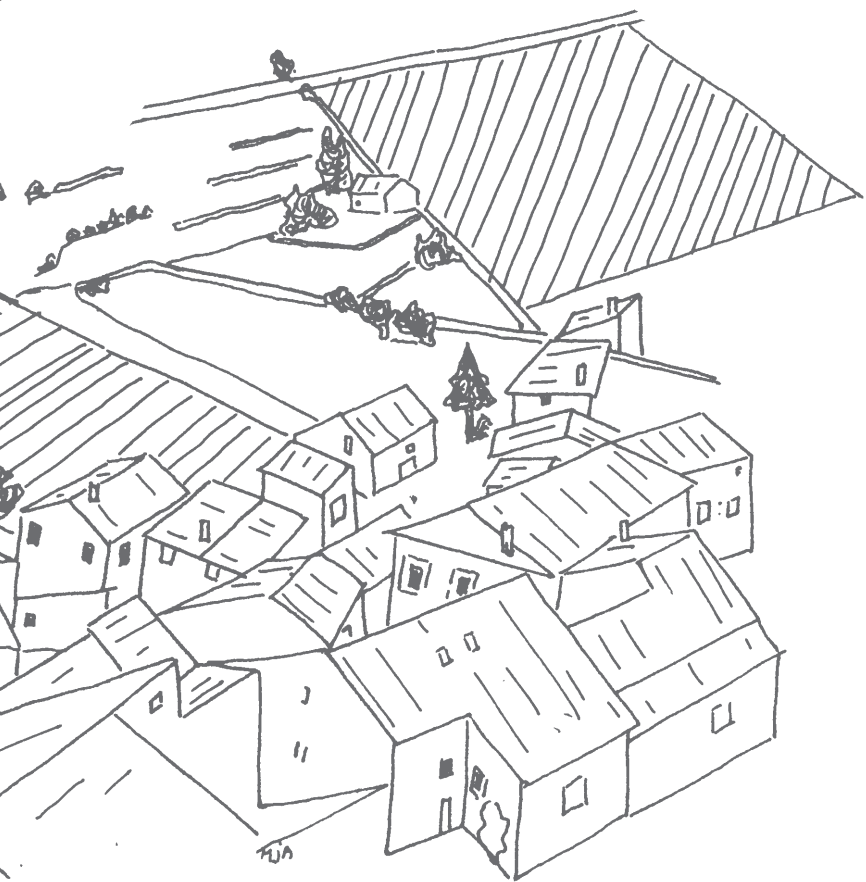
El otro, porque Antonio de Benito, especialista en escribir cuentos para niños, nos presentó un libro mágico, con unos niños protagonistas que experimentan la magia de vivir en un pueblo, y ese pueblo es, precisamente, Trébago. Todo ello acompañado de unos estupendos dibujos de María José Achiaga, que complementan la obra.

No pudimos negarnos al ofrecimiento, y fruto de ese esfuerzo conjunto es el libro que hoy tienes en tus manos, escrito para niños de 10 a 110 años, y que deseamos te llene de satisfacción cuando lo leas.

Mi primer vera



no en Trébago



1.- Cinco suspensos, cinco

Los veranos suelen gustar a todo el mundo, aunque no empiecen de la mejor manera posible. Y eso precisamente es lo que me sucedió el verano pasado, que empezó fatal. Como sabéis, un verano comienza justamente el mismo día en que nos dan vacaciones, por mucho que los profes se empeñen en dar fechas, que si el veintinueve de junio... y mucha más tontería, eso del solsticio de verano o como se diga.

El caso es que mi verano comenzó con varias asignaturas suspensas. Bueno, para qué os voy a engañar, nada menos que cinco cates. Pero aprobé tres, y por más que intenté explicarle a mi padre que la Educación Física, la Artística y la Religión son importantísimas para mi desarrollo personal —como había escuchado decir—, no encontré comprensión alguna por su parte. Más bien me sorprendió un entrecejo fruncido, una retahíla de amenazas, grandes dosis de deberes y mi palabra de honor prometiendo estudiar mucho en verano para pasar en buenas condiciones académicas a sexto, el último curso en el colegio. Pero no acabaron ahí mis desgracias del primer día de verano...



- Si es posible, busque un lugar tranquilo para que su hijo trabaje y estudie, que es muy vago, muy requetevago... –se le ocurrió decir a mi tutor–.

Podría haber dicho: “Espósele delante del libro de Lenguaje y quítele la paga... ”. Me habría hecho el mismo daño.

- Pues algo tendré que pensar... –y se marchó mi padre del cuarto del tutor, conmigo de la mano–.

Y yo miré al tutor muy serio y le dije: “adiós, hasta septiembre”, aunque en realidad quise decirle “ojalá encuentre el mayor de los atascos al irse a la playa, el apartamento lleno de mosquitos y que, a ser posible, el próximo curso lo trasladen a un colegio de Noruega...”

Y si mi padre fuera tan rápido con todas sus decisiones como con la que acababa de comunicarme al entrar al coche, nuestra vida marcharía mejor, ya lo creo...

- Este verano lo vas a pasar con tu abuelo Cayo en el pueblo –sentenció nada más arrancar–.

- ¡Pero si casi no te hablas con él...! –le dije extrañado–.

- Es una situación de emergencia, además él también necesita verte y nunca has ido a Trébago. Con los malditos líos familiares...

¡Ya lo creo! –pensé–, mis padres se separaron cuando yo tenía dos años y todavía estoy de aquí para allá. Pero los dos me quieren mucho, claro. Y la idea de pasar un verano en un desconocido pueblo me atraía tanto como estudiar tres horas al día. Así que el panorama podríamos calificarlo de ideal: suspensos, verano, pueblo misterioso, –tanto que ni siquiera sabía si se escribía con be o con uve, aunque ni falta que me hacía– sin amigos



y con el abuelo Cayo cuidándome. No recuerdo haber cruzado más de seis palabras seguidas con él. No era muy hablador el abuelo Cayo, no. Alto y fuerte sí, pero hablador y divertido, para nada.

- Yo iré a verte en agosto, a finales, y te recogeré para volver a la ciudad. Mañana prepararemos todo lo necesario para tu estancia de verano.

“¿Todo lo necesario...?” ¡Pero qué bien que hablaba mi padre! Para él lo necesario eran los libros, los estuches, los cuadernos, el cepillo de dientes, un jersey para el atardecer, el cortaúñas...



Y resulta que, de lo necesario de verdad para mí, no había que preparar nada: ni la nueva play, ni el tamagochi, ni siquiera el móvil... ¡Que ya me llamarán al teléfono de casa del abuelo..., que ya tiene!

Así que poco equipaje debía preparar. Estuve meditando –eso es pensar más de diez segundos seguidos– que durante el curso no había estudiado mucho y, seguramente, estaba pagando por ello. De momento, el precio de aquella noche fue que apenas dormí pensando en lo que se me avecinaba en el desconocido pueblecito. ¿Dónde estaría Trébago, o tal vez Trévago con uve –por aquello de que acaba en “vago”, la palabra más escuchada aquel primer día de verano–?

2.- El vago de Trébago

Me pasé dormitando casi todo el viaje. Sólo paramos a estirar las piernas y echar gasolina.

- Es un pueblo muy bonito –me decía mi padre de vez en cuando, como haciéndome ver que me hacía un gran favor–.

- Y tú... ¿por qué ya no vas nunca por allí? –le seguí el juego–.

- Estoy muy liado con los viajes y negocios, pero cuando era chico como tú, me lo pasaba muy bien jugando por sus calles, en el río, en el monte... ¿Sabes? Una tarde, en el río...

Y entonces dejé de escucharle. Mi padre comenzó a hablar y hablar sobre el pueblo y su infancia y no tuve más remedio que dormirme.

- Despierta hijo, mira, ya estamos muy cerca. ¿Ves aquellos montes de allí? Es la famosa Sierra del Madero. No te duermas, que ya llegamos.

Y pegué, sin mucho interés, la nariz al cristal de la ventanilla y observé los campos todavía dorados, y los montes todavía verdes, y algunas casas todavía de piedra, y el cielo todavía más azul, y por fin... un cartel: Trébago.

La casa del abuelo estaba sobre una cuesta. Yo diría que sobre una cuesta arriba, de momento. Mi padre detuvo el coche enfrente de la casa y al instante salió el abuelo Cayo, con su barba blanca y su boina negra. Nos dimos unos besos y nos ayudó a meter en el portal las dos bolsas, que eran todo mi equipaje de verano.

- ¿No te quedas a comer? –dijo, mirando a mi padre–.

- Es que no llego, tengo que estar en el aeropuerto a las cuatro, gracias papá, cuando vuelva a por el crío...

Esto suele ser así: para estudiar te dicen que ya eres mayor y para otras cosas eres un crío, cuando no un mierdacrío, que es bastante peor.

Y al poco rato, el abuelo y yo vimos marchar el gran coche de mi padre, que casi era más grande que aquel pueblo escondido tras la Sierra del Madero.

Y por lo poco que había visto –un perro medio dormido, un par de cabras y tres gatillos negros–, no parecía muy animado el lugar.

El abuelo me enseñó mi habitación.

- Aquí estarás bien, en verano es la más fresca de la casa...

“¡Estupendo!” –pensé–, el abuelo acababa de decirme una frase con una docena de palabras. No estaba nada mal. Y se marchó a terminar de preparar la comida.

Abrí el armario y coloqué las cuatro ropas que había traído. Los libros y cuadernos los dejé sobre una mesa de madera negra que había debajo de un espejo tan viejo que pensé que, tal vez, no me devolvería el reflejo de mi imagen. Me acerqué a él y... efectivamente ¡¡¡no me vi!!!

No estaba encantado el espejo, no, ni sucio el cristal, sino que mi vista se centró en el ángulo superior derecho del cristal donde pude ver correr una sombra por encima del enorme torreón de la iglesia.

¡Pues sí que empezamos bien! Me di la vuelta y me asomé por la ventana que daba a la parte lateral de la iglesia. Alcé la vista hasta el torreón y no divisé absolutamente nada. Bueno, sí, una paloma blanca que regresaba al nido.

“¿Habría sido el vuelo de la paloma lo que produjo el extraño reflejo en el espejo?”.

- ¡A comer! –escuché decir al abuelo, que había vuelto al uso de las dos palabras–.

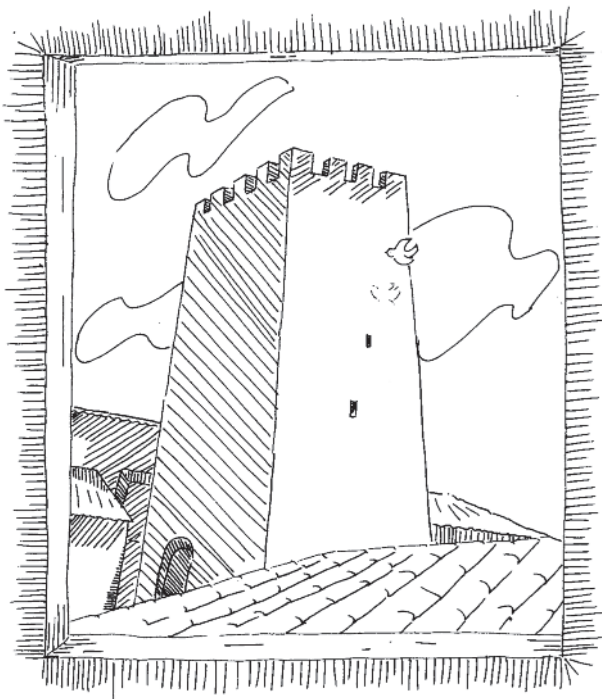
Bajé las empinadas escaleras de madera y al llegar a la mesa no se me ocurrió decir otra cosa que:

- ¿Dónde está mi comida, abuelo?

Qué tontería. El abuelo sonrió y me acercó el plato de porcelana y la cuchara de madera para que yo me sirviera “la comida”.

Debió ser por el viaje o porque el madrugón me impidió desayunar en condiciones, pero la comida del abuelo estaba de muerte.

- ¿Cómo se llama lo que me acabo de comer, abuelo? –pregunté por hablar de algo–.



Y el abuelo Cayo recurrió esta vez al monosílabo:

- Altaguitón.

Luego ya me explicó en qué consistía lo que habíamos comido y llegué a la conclusión de que las comidas son muy distintas en los pueblos que en la ciudad. Allí, le llamamos “pizza boloñesa tres carnes, tomate y extra de queso roquefort” a un simple trozo de masa con poco más, o “hamburguesa alemana especial completa al gusto”, a un sencillo pan con carne. Y el abuelo, con la palabra altaguitón que, en realidad era un caldo con tortilla de miga de pan de anteayer y un huevo duro troceado, había solucionado la comida en un momento y sin manchar más que dos platos: el suyo y el mío.

- Ya veo que no has dejado ni zarrapita... –dijo, señalando mi plato vacío–.

Yo no sabía qué o quién era zarrapita, pero el altaguitón me había sentado muy bien.

Una manzana después...

- ¿Te vas a echar la siesta?

No me echaba una siesta desde el verano de segundo de primaria pero, mejor pensado, necesitaba subir a la habitación del torreón, como ya la había bautizado, para ver si la paloma seguía ron-

dando por allí y así poder vigilar de cerca sus movimientos.

Creo que no duré despierto ni dos minutos y dormí una siesta de campeonato.

Tras la siesta, acompañé al abuelo a regar la huerta, que estaba a la salida del pueblo, en dirección contraria a la que habíamos venido. Al llegar al huerto, el abuelo saludó a un vecino con la mano en alto y éste le correspondió con un “hola Cayo”.

- Os conocéis todos en el pueblo, ¿no? –quise saber, mirando a la niña que acompañaba al señor–.

- Aquí somos todos vecinos. ¿Quieres saludar a Salma? –me propuso, como leyéndome el pensamiento–.

Yo me encogí de hombros, como si me diera igual, pero estaba deseando conocer a alguien de mi edad.

Salma jugaba cerca del río, en la huerta de al lado. Era más o menos tan alta como yo y creo que de mi edad y todavía más morena que mi abuelo. Me acerqué hasta ella para ver qué estaba haciendo.

La niña se percató de mi presencia y me miró con una mirada impropia de una niña de quinto. Más bien parecía una madre por aquellos ojazos oscuros que lucían en su cara color del chocolate con algo de leche.

- Mi abuelo es muy viejo, ¿sabes? Y tengo que ayudarlo a bajar y subir la compuerta del canal. ¿Has venido esta mañana, verdad?

Asentí con la cabeza, sin dejar de mirarle a la cara. Alguna extraña fuerza me impedía quitar mi mirada de sus ojos.

- No pienses que soy una güina, simplemente soy tu vecina.

- ¿Una güina? ¿Eso es malo o bueno? –pregunté con cara de tonto–.

- Ni bueno ni malo. Aquí se les llama así a las fisgonas, las cotillas que se quieren enterar de todo.

- Ah, como la directora de mi colegio cuando viene a ver cómo va la clase de música. Creo que no confía demasiado en la profesora.

- ¿Te gusta la música?

- ¡Psss! Sí, más que otras asignaturas –dudé un poco–.

- Te ha quedado el lenguaje de quinto... ¿verdad?

- Y las mates, y el inglés y el conocimiento del medio... y hasta la música. Oye, no sé si serás una güina pero, ¿cómo sabes tú eso? ¿Eres maga acaso?

- Mago es mi abuelo, así le llaman: El mago de Trébago, pero ésa es otra historia. Te he visto esta mañana desde el torreón. Y también cómo dejabas el libro azul de lengua de quinto. Es el mismo que llevamos aquí.

- Ya me quedo más tranquilo. Así que tú eras la paloma del torreón... ¿Se puede subir hasta allí?

- ¡Salma, baja la tajadera, nos vamos ya! –interrumpió el abuelo de Salma–.

- ¿Quieres subir al torreón? Mañana a las once te espero en la plaza, ¿vale?

Entonces, el abuelo de Salma le hizo una indicación con su mano y la compuerta se cerró al instante.

Y Salma, antes de irse, me dijo que a su abuelo le llamaban “el mago de Trébago” porque hacía trucos y reír a los niños desde siempre.

¡Falta me hacía a mí unas clases de magia! Me quedé pensativo y volví junto a mi abuelo, que había terminado ya de regar los tomates.

- Es muy morena Salma, abuelo.

- Su padre es de un país africano y se casó aquí con una mujer del pueblo. Es muy maja la pispelda –acabó mi abuelo–.



Y tuvo que explicarme que pispelda se dice de las personas vivas y desenvueltas. Y Salma lo era y a mí me gustó mucho ese nombre. Y también el apodo de su abuelo, “el mago de Trébago”.

Al regresar a casa pensé que aquí todo tenía un nombre y que quizá ya se habrían enterado todos en el pueblo de que había llegado un vago a Trébago. Miré receloso a las personas que nos cruzamos por el camino, como si ellos fueran comentando en voz baja: “mira, por ahí va el vago de Trébago...” y no me sentí muy bien, menos mal que pronto llegamos a casa.

Esa misma noche abrí los libros y el cuaderno del verano. En la primera hoja escribí en columna: alta-guitón-güina-pispelda-zarrapita. ¡Hasta por orden alfabético! –me dije–. El trabajo del verano comenzó a tomar forma en aquel mismo momento.

Nada más cenar, ayudé al abuelo a recoger la mesa y me marché a la cama deseando que amaneciera para poder ver a Salma. El abuelo salió a tomar el fresco a la plaza y me dijo que si estudiaba mucho, más adelante podría acompañarle. Era la primera vez que dormía solo, completamente solo en casa, pero tenía una extraña sensación de felicidad. “Creo que me estoy haciendo mayor” –pensé–. Además, las luces que iluminaban el torreón penetraban por los agujeros de la persiana y acompañaron los sueños de mi primer día del verano en Trébago.

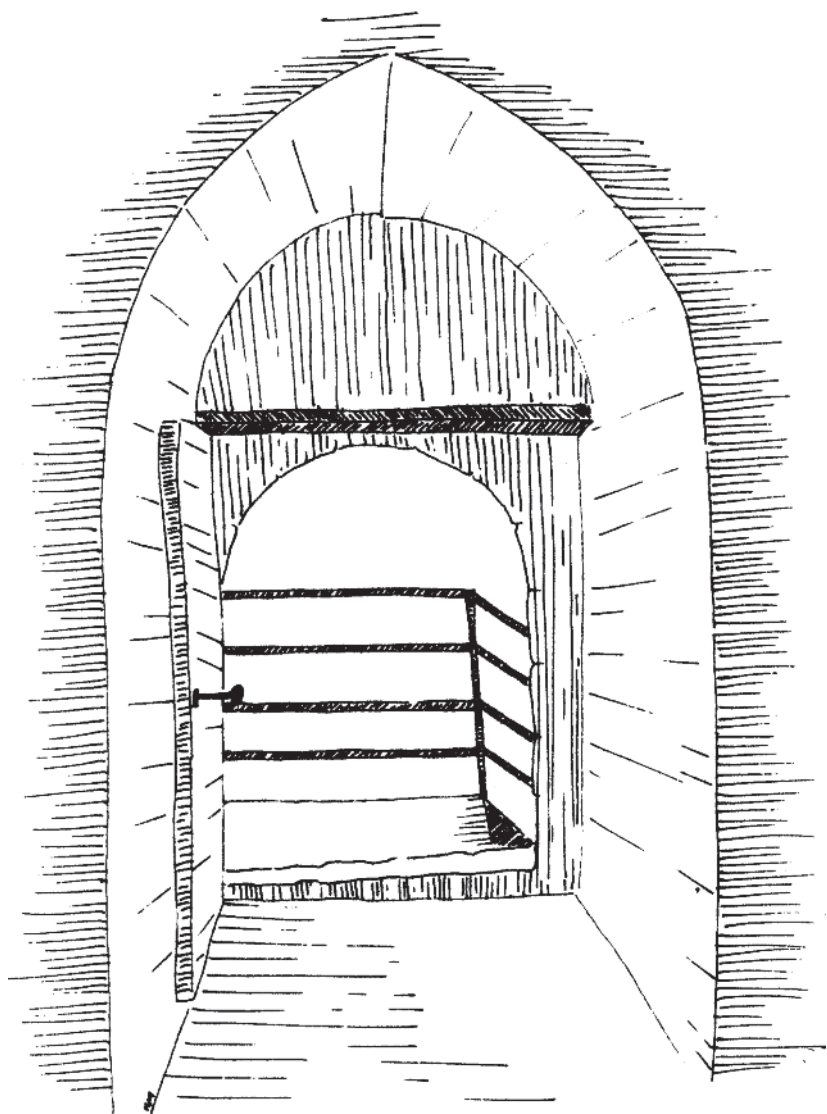
3.- El torreón mágico

Me desperté con el ulular de las palomas. Eran las nueve de la mañana y nada tenía que ver lo que se contemplaba a través de la ventana con lo que veía cada día en la gran ciudad. Mejor dicho, con lo que no podía ver en la ciudad. Lo que era también muy distinto eran los sonidos: mientras que en mi barrio sólo se escuchaban las bocinas y los motores de los coches, aquí en Trébago escuchaba los sonidos del viento, el gorjeo de algunos pájaros y, ahora mismo, el sonido del hacha del abuelo, que comenzó a partir leña en el portal. Y no digamos ya el aire, nada tiene en común con el de la gran ciudad. Recuerdo que, en cuanto llegué a Trébago, sentí el aire tan especial que me pareció respirar por primera vez en mi vida.

Nada más desayunar, me fui a la plaza y allí escuché las once campanadas que anunciaban la cita con Salma. Al llegar me dijo que si echábamos una carrera hasta la pared de la iglesia y no me lo pensé, y eché a correr el primero.

- Por aquí, Juan.

Comenzamos a subir al torreón por unas escaleras de piedra y, al llegar arriba, comprobé que Salma



tenía en el torreón su segunda casa. Había por allí varias muñecas, una libreta y dos lapiceros, unos prismáticos negros, un móvil de juguete, un parchís de madera, una comba, dos balones de plástico, un libro titulado “El valle del infierno”...

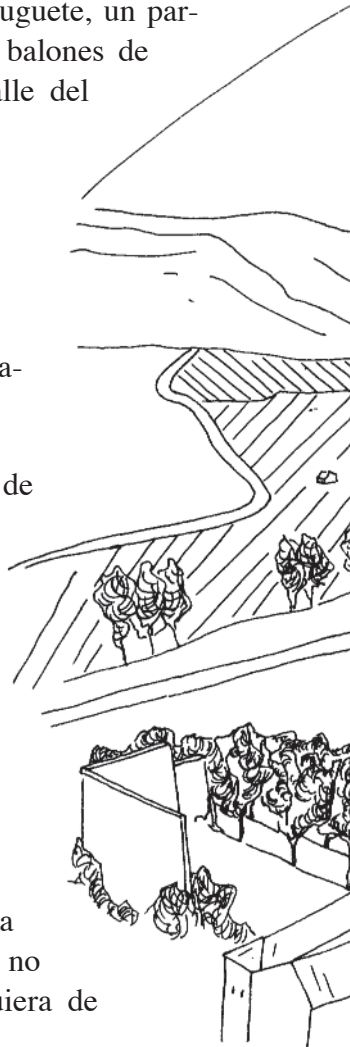
- ¿Desde cuándo vienes por aquí?
-pregunté ojeando el libro y haciéndome el interesante-

- Desde siempre. Imagínate, me llaman la princesa del torreón...

“Esos ojos son de reina, más que de princesa”, pensé para mí.

- ¿Ves el paisaje, Juan?

- La verdad es que me costaba dejar de mirarla, pero la estampa era increíble desde el torreón. La Sierra del Madero a lo lejos, la llanura al frente, las huertas, las casas de los pueblecitos vecinos. Y el sol, en lo alto, brillando. A cada momento tenía más motivos para no acordarme de mi ciudad, ni siquiera de mis padres.





Aunque poco duró esta situación idílica...

- Ya estamos aquí... ¿quién es éste? –escuché decir de boca de un niño muy rubio–.

- “Éste” se llama mi amigo Juan.

- Bueno, pues si eres su amigo Juan, yo soy Ánder, y éste Rubén, que va a tercero nada más, pero es mi primo.

Nos saludamos como hacen los chicos mayores. Nada de apretarnos estúpidamente las manos, sino que nos tocamos el hombro con la mano.

- Es nieto del tío Cayo –sentenció Salma–.

- ¿Del viejo raro de la plaza? –se le escapó a Rubén–.

- Tu abuelo..., tienes que reconocer que es muy raro y se escuchan cosas extrañas por el pueblo...

Y lo que sonó en ese momento fue el toque de campanas, una. ¡Taaannn! Se había pasado la mañana en un soplo y yo debía regresar a casa. El abuelo tenía que dar informes positivos a mi padre cuando éste llamara el viernes.

- Esta tarde habíamos pensado en ir a bañarnos..., a las cinco, ¿te vienes?

- Claro, eso está hecho, hasta la tarde amigos –me despedí–.

Y bajé del torreón, y nada más doblar la esquina de la plaza me topé con “el mago de Trébago”, que me ofreció sus dos puños cerrados para que yo tocara uno. Lo abrió y apareció un caramelo de limón. Me lo metí a la boca y eché a correr. Ya no me sentía el vago de Trébago. Había encontrado amigos y eso era lo más importante.

Después de comer, el abuelo subió a mi cuarto, creo que con la excusa de buscar una camisa.

- ¿Sabes que dentro de poco más de un mes comenzarán las fiestas? ¿Te gustaría bailar la danza de la Virgen? Es un baile típico, el más antiguo que se conoce por los alrededores.

- Pues no sé..., ya sabes, abuelo, que he suspendido la música...

- Por eso mismo te lo digo. Puedes hacer un buen trabajo de verano y además aprender a bailar. Piénsalo, es un día muy especial.

Pero lo que yo estaba pensando era en que llegaran las cinco para ir a bañarme al río y, sobre todo, para ver a Salma. Decididamente, cuando comes y en vez de escuchar al abuelo oyes la voz de Salma; si miras al torreón y ves sus ojos, y si al abrir el cuaderno de matemáticas ves una bonita cara morena, no hay duda: estás enamorado, Juan. Me

había enamorado por primera vez. Habían tenido que pasar más de diez años y tenía que ser precisamente en un pueblo mágico, en Trébago.

En cuanto pude reaccionar, continué escribiendo las palabras nuevas que me decía el abuelo: trosquil, que quiere decir corrusco grande de pan; laco, que fue lo que me llamó el abuelo cuando regresé a casa sediento y me bebí dos vasos de agua; espetitar, que era lo mismo que enfadarse o renegar; baltabarro, palabra que usaban antiguamente para referirse a las personas con mal carácter...

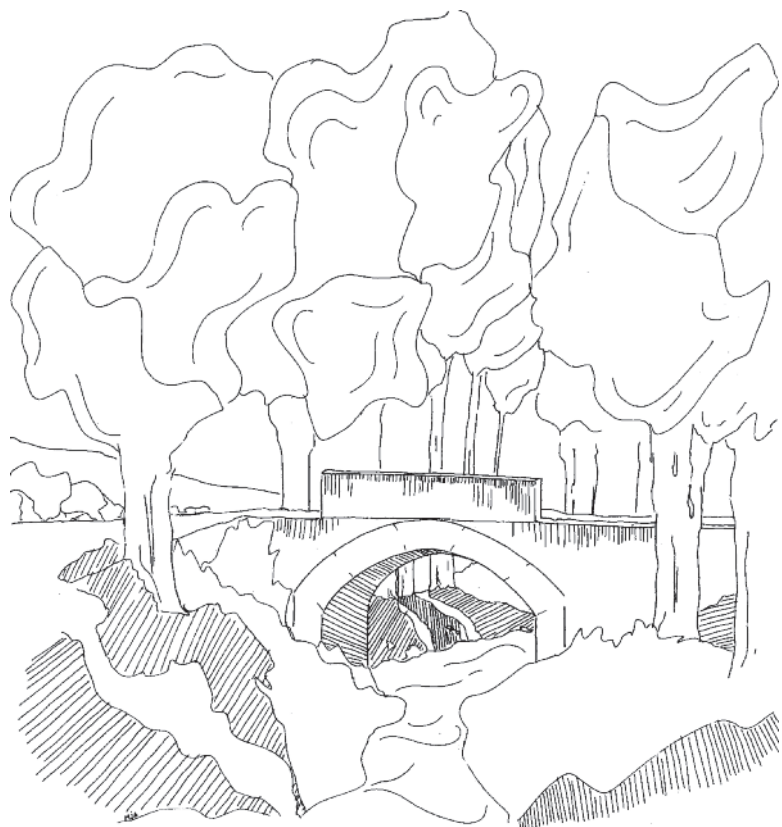
Llegaron las cinco y encontré el río Manzano, –así se llama el río– que ya lo había visto el día anterior, me quité el pantalón corto y me quedé en bañador.

- Vamos, Juan, que está muy buena el agua.

No puedo decir que fuese agua climatizada, pero enseguida empezamos a echar carreras, a cruzar por debajo de los troncos que atravesaban el río y a meter la cabeza bajo el agua y contar hasta veinte...

Nos secamos al sol y nos comimos el bocata que teníamos para merendar.

- ¿Se lo dices tú o se lo digo yo? –preguntó Ánder–.



Mis nuevos amigos se miraban indecisos y yo no sabía qué tenían que decirme.

- Mira Juan..., es sobre tu abuelo... el tío Cayo, creemos que es en realidad el Tío Sartén –saltó Ánder–.

Y yo lo primero que pensé fue en el exquisito altaguitón que había comido el día anterior.

- Es normal, el abuelo cocina muy bien, pero no sólo en la sartén, también en cacerola y puchero... y porque no tiene microondas, que si no...

- No es eso –me interrumpió Salma–. Hace mucho tiempo que se rumorea por el pueblo la leyenda del Tío Sartén, un tipo grande y fuerte que se creía superior a los demás y que para demostrar su fuerza cogió una enorme piedra, delante de todo el pueblo y la levantó, pero del esfuerzo realizado murió en el acto sepultado por la propia piedra. Al retirar el pedrusco, nadie había debajo, el Tío Sartén se había esfumado. Unos dicen que se convirtió en paloma y vive en el Torreón; otros, que nunca existió, que fue un invento de un escritor de un pueblo vecino; otros, que vive entre nosotros y necesita comerse un niño cada año, con una excepción, jamás se comerá a quien dance el Baile de La Virgen del Río Manzano.

- Yo pensaba que este río sólo llevaba agua... –dije sorprendido–.

- Agua y una Virgen, la del nombre del río, pero de eso ya hablaremos –me respondió Ánder–.

- ¿Y cuándo es el día que se baila ese baile del que tanto se habla por aquí?

- Las fiestas comienzan realmente el día de la víspera.

- ¿La víspera?

- Ya sabes, el día anterior a otro, ese día. Es una jornada especial, recogemos el trigo, hacemos una ofrenda a la Virgen y luego le bailamos –y Ánder hizo un gesto levantando las dos manos–.

- ¿Y dónde recogéis ese trigo? ¿Del campo? –pregunté curioso–.

- Hace tiempo, los vecinos daban trigo de sus graneros, que en realidad era lo mismo que dar dinero. Ahora, se pasa por las casas y cada uno da una cantidad.

Me pareció muy curioso eso de recoger el trigo, tendría que apuntarlo en mi cuaderno de verano para contarlo en una de las redacciones que había mandado el profe de lengua.

- Este año, la víspera es el día 18 de agosto –intervino Salma de nuevo–. Estarás por aquí, ¿no?

Y todos me miraron como despidiéndose de mí.

- Mi padre me recogerá por esas fechas. ¿Vosotros bailáis esa danza?

Y todos hicieron un gesto afirmativo, mirándome muy serios.

- ¡Qué bobada! ¡Mi abuelo un fantasma! ¡Cómo va a ser el Tío Sartén!

Y tras jugar un buen rato a tirarnos apegatas a la orilla del Río Manzano, me despedí de los tres amigos y me dirigí al huerto del abuelo, donde habíamos quedado.

Nada más llegar, el abuelo me dio una cesta con zanahorias, un manojo de borraja y tres tomates muy verdes, mientras que él se cargó con una alforja, un cubo en una mano y en la otra el azadón. Y pensé que el abuelo, realmente, era muy fuerte y lo miré en silencio, y así, sin decir nada, regresamos a casa.

- ¿Tendrás hambre, Juan?

- Bueno... ¿Y tú, abuelo... tienes hambre? –pregunté casi temblando–.

- Pues sí que tengo, sí... el que come escapa, dice el refrán.

Y durante la cena, imaginé que el abuelo quería que yo comiese mucho y que estuviera bien alimentado para cocinarme al horno cuando acabase el verano, quizá rehogado con aquellas zanahorias y tomates verdes... ¿Qué podía importarle al abuelo comerme, si al fin y al cabo apenas me conocía? “Un tierno bocado de nieto para el abuelo Sartén” –pensé al verle devorar la cena–.

Pero por si acaso, yo había decidido tomar mis precauciones.

- ¿Puede bailar el Baile de La Virgen del Río Manzano todo niño que lo desee?

- Pues sólo los que han nacido aquí en el pueblo o los descendientes de hijos del pueblo –me contestó sin dejar de masticar–.

- ¿Y yo soy descendiente de aquí?

- Pues eso tú lo decides, uno no es solamente de donde nace sino de donde quiere ser. Ni siquiera es necesario vivir en un lugar para sentirte de ahí. Hace muchos años, aquí, en Trébago, éramos casi mil vecinos, unos se dedicaban a curtir la piel, otros daban la forma a los aperos del campo, otros compraban y vendían pieles, había devanadores, curadores de lienzos, fieltros, basteros...

- ¿Eran profesiones como ahora los informáticos, los abogados, los comerciales como papá... ? –pregunté sin estar muy seguro–.

- Sí, eso mismo. Muchos de aquéllos se tuvieron que marchar de Trébago, pero en realidad siguen aquí. A otros, como a tu padre, el viento de la vida les ha ido llevando a otros lugares... Pero si tú quieres, puedes bailar, claro –y acabó de limpiarse con la servilleta–.

“¿Diría lo mismo el abuelo si no hubiera terminado de cenar?” –me pregunté inquieto–.

Al acabar de recoger la mesa volví a preguntar al abuelo Cayo:

- ¿Tienes trigo tú, abuelo?

- Ven conmigo –me dijo, al tiempo que se levantaba–.

Subimos a la planta de arriba y el abuelo abrió la habitación de enfrente de mi cuarto.

- Ésta era la habitación del trigo. Otras habitaciones, abajo, eran para las caballerías, así subía el calor de los animales hacia arriba. Todo tenía su porqué y su sitio. Hace algunos años que ya no se guarda el trigo en casa. Ha pasado a la historia, lo mismo que les ha pasado a esas profesiones de las que te hablaba durante la cena.

Y me marché a mi cuarto a dormir. Bueno, más bien a pensar. ¡Una habitación para el trigo! ¡Una habitación para los animales! Y ahora hay apartamentos en la ciudad donde sólo hay una o dos habitaciones para toda una familia. Decididamente, Trébagó era muy diferente a la ciudad de donde yo venía.

Había sido una intensa jornada: el torreón, los latidos del corazón al ver a Salma, el abuelo comenidos, la habitación del trigo, el baile... eso me preocupaba, casi más que acabar siendo el ingrediente principal de un altaguitón para el abuelo. ¿Sería capaz de pedirle a Salma que me enseñase a bailar?

4.- El verano en Trébago

Mi padre debía estar muy atareado en su viaje de negocios, pero me llamaba a menudo.

- ¿Qué tal van las tareas, Juan? Comerás bien, ¿eh? ¿Y te ducharás todos los días? ¿Tendrás tiempo para jugar con los nuevos amigos? –ésta eran sus clásicas preguntas–.

Claro que mis respuestas solían ser monosílabos, al tiempo que me comía el postre o miraba por la ventana del comedor.

Me interesaba tres pepinos lo que me preguntara mi padre pero, por otra parte, me habría gustado decirle que tenía una verdadera amiga y que sentía cosas raras al verla. Tal vez así, mi padre dejaría de tratarme como si tuviera nueve años. Sí, estaba decidido, la próxima vez que me llamara le contaría que había una chica en mi vida: Salma.

Los días siguientes transcurrieron con una deliciosa monotonía. Todas las mañanas subíamos al torreón a jugar. Yo me levantaba muy temprano para poder llegar el primero y creo que Salma también se daba mucha prisa, pues siempre acudíamos media hora antes que Ánder, Rubén y el resto de

la panda, porque en el pueblo ya había muchos veraneantes.

Salma cada día traía un libro diferente, pero siempre de un tal Avelino, un escritor con boina y, como a mí no me gustaba leer, pues lo hacía ella en voz alta. Un día me trajo uno que llevaba por título “Y Juan salió a luchar contra el telediario” y me explicó mi amiga que en ese libro había aprendido a que las malas noticias pueden cambiarse por buenas. Y también me trajo otro libro de Avelino, de título “Silvestrito” que cuenta cómo se vivía antes en los pueblos...

Yo miraba el ir y venir de las palomas, tumbado en el suelo y mirando al cielo. Entonces, la niña de la tez del café recitaba:

La luna aparece en Trébago
tras la Sierra del Madero,
el torreón se torna ébano
y las campanas de acero
inundan de lindos pétalos
la tierra que yo más quiero.



Pensé que no habría otro momento más poético para decirle a Salma cómo vibraba mi corazón al verla y cómo mis ojos no podían apartarse de su cara y cómo estaba tan distraído al escucharla que hasta casi me pica una avispa.

- Salma, yo te quiero...

- ¡¡¡Ya estamos aquí!!! ¡¡¡Hola!!! –irrupieron Ánder y Rubén dando voces–.

- ¿Qué decías, Juan? –me miró Salma–.

- Nada, que te quiero... decir que siempre estás leyendo al mismo escritor.

- Es que me gusta mucho...

Y al decirme esto casi me desmayo, pensando que el que le gustaba era yo.

Estuvimos entretenidos toda la mañana jugando a los oficios antiguos. A mí me tocó hacer de aladreo que eran los artesanos antiguos del pueblo que se encargaban de construir los arados. Salma era lanera, que compraba y vendía la lana de las ovejas para confeccionar colchones. Rubén hizo de pellejero, encargado de comprar las pieles de los animales y, después de secarlas, venderlas al curtidor –Ánder–, que las convertía cuidadosamente en capas, mantas y abrigos para el invierno.

Y así se pasó la mañana.

Al bajar del torreón, Salma se fue corriendo hasta una señora que llevaba dos bolsas de la compra. Era su madre. Me despidió con una mano mientras que con la otra ayudaba a su madre, y las dos se marcharon calle abajo.

Habíamos quedado por la tarde en el dolmen, a las cinco y media, cuando el calor ya era más soportable.

Cuando llegué ya estaban los tres amigos allí.

- Mira, Juan, esta piedra es el famoso dolmen que levantó el Tío Sartén y le cayó encima.

- ¿Y ahora qué hay de especial en este sitio?

- Este paraje es muy visitado, vienen miles de personas durante el verano, en busca de la verdadera historia del Tío Sartén.

- Si no tuviera tantos deberes me gustaría poder estudiar el caso –dije con arrogancia–.

- Nosotros hemos aprobado todo durante muchos veranos... y nada de nada. Es un misterio para todo el mundo –contestó Ánder–.

- Salma, tú que has aprobado todo... ¿tienes muchos deberes para verano? –le dije con toda mi intención–.

- No, sólo tengo que leer los libros que quiera.

- ¡Qué suerte! –dije mirando al suelo, haciéndome la víctima–.

- Si quieres, puedo ayudarte con tus tareas de verano. Así repaso yo también.

Yo no podía creerlo, era sencillamente lo que más me gustaba escuchar.

- En lengua y matemáticas me defiendo, suspendí por ser un auténtico vago, pero...

- Pero, qué...

- Pues la música... Tengo que hacer un trabajo especial y había pensado que tú podrías enseñarme a bailar.

- ¿A bailar... ? ¿Quieres que te enseñe yo a bailar la danza de las fiestas? ¿Quieres bailar en fiestas? ¿Es eso? Ya sabes que las niñas no bailamos, pero yo me lo sé de memoria y lo bailo a menudo en mi casa. Espero poder bailararlo algún día...

Pues sí que era pispelda mi amiga, había dado en el clavo.

- Sí, tengo que aprender para no disgustar al Tío Sartén, sea quien sea el viejo ese.

- Si vas a bailar, lo primero que tienes que hacer es ver la iglesia para que te sitúes y el día del baile no pises a nadie ni rompas nada –y soltó una risita–.

Y Rubén se colocó su mano en la boca, haciendo como que tocaba la dulzaina y Ánder hizo los gestos propios de tocar el tamboril. Salma y yo empezamos a dar pasos, mis primeros pasos de baile. Flotaba, mecido por la suave brisa de la tarde de verano, allí, de la mano de mi amada Salma, acompañado por dos gaiteros de primaria y con el dolmen del Tío Sartén como mágico testigo.

5.- La primera salida nocturna

Mi padre me llamó por la noche. Creo que notó lo contento que estaba, y para que la felicidad no fuera excesiva, ya me anunció su llegada justamente para el día anterior a la Víspera de las fiestas.

- Sabes, abuelo... papá vendrá el día de la víspera de la víspera de las fiestas, espero que me deje quedarme todo el fin de semana y poder bailar.

El abuelo no dijo nada al respecto. Igual se había quedado sin su mejor bocado.

- Hace una noche magnífica, ¿no te apetece salir a dar una vuelta hasta la plaza?

- Claro que sí.

Y cené en un santiamén y salí de casa con mi abuelo. Él se fue a dar un paseo con el mago de Trébago y yo me fui hasta la casa de Salma.

- ¡Salmaaaa! –grité desde la calle–.

Salma se asomó a la ventana y me dijo que bajaba enseguida.

Nos fuimos hasta la plaza donde estaban los chicos más mayores jugando a la pita, al pañuelo... y

otros dándole al frontón. A mí me gustaba jugar a todo, pero en aquellos momentos lo único que me apetecía era hablar con Salma.

- ¿Damos un paseo por detrás de la iglesia? –pro-puse-. Salma me miró extrañada.

- Ya sabes –dije sonriente– tengo que familiarizar-me para no pisar a nadie el día del baile.

Y nos echamos a reír los dos.

Nos sentamos sobre una piedra y no se me ocu-rrió otra cosa que decirle:

- Y este curso, ¿qué voy a hacer sin verte?

- Pues lo mismo que yo. Además... siem-pre nos quedará Internet.

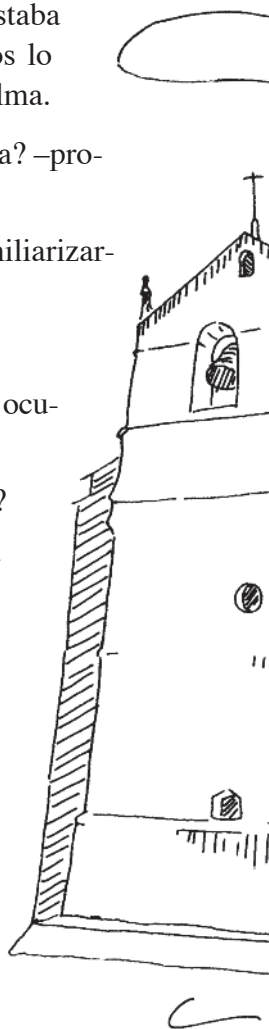
- Sí, Internet, pero no es lo mismo. Yo te quiero decir, te quiero decir... te quiero... decir...

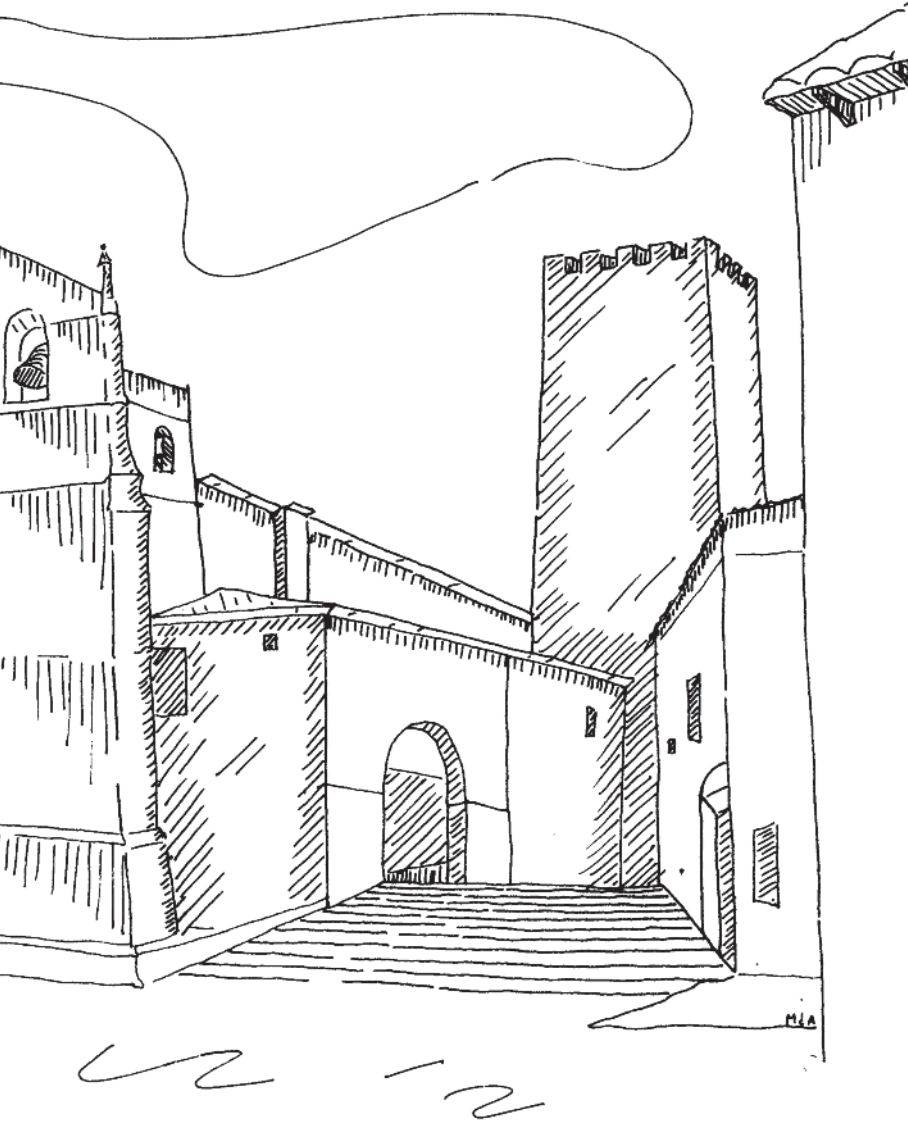
- Vamos Juan, yo también te quiero, ¿eso es lo que te cuesta tanto decir?

Y no pude ya casi hablar. Nos fuimos a la plaza a jugar con los demás hasta que los abuelos nos llamaron para vol-ver a casa.

- Abuelo... ¿te acuerdas mucho de la abuela?

- Me acuerdo, me acuerdo... ¿qué me dices?





- Pues que yo también me voy a acordar mucho de Salma cuando acabe el verano.

- Lo bueno que tiene que se acabe el verano es que comienza el otoño y a los pocos meses ya estarás pensando en el próximo verano...

El abuelo no sé si se habrá comido muchos niños, pero conoce bien nuestros sentimientos. Debajo de la cara de baltabarras, como él solía decir, se escondía una buena persona.

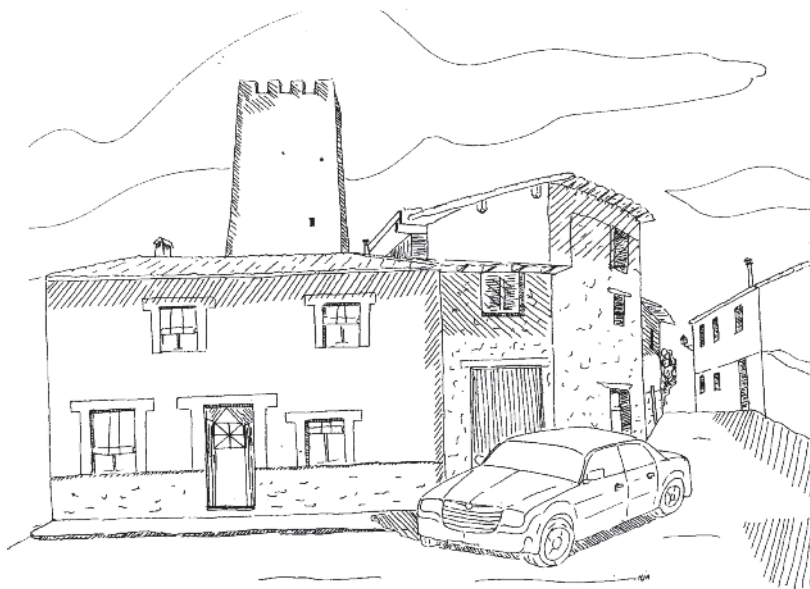
Y me dormí con la ventana abierta, mirando al Torreón, queriendo encontrar ahí el rostro de Salma. Definitivamente estaba perdido. Y así transcurrió el resto del verano, aprendiendo juegos nuevos y sin dejar de ver a Salma un solo día. Bañándonos todas las tardes en el río. Y ensayando el baile con el grupo. Y saliendo por las noches a la plaza. Y soñando junto al Torreón como nunca lo había hecho en mi preciosa habitación de la ciudad.



6.- La llegada de papá

Mi padre llegó a Trébago en su flamante coche. Hizo sonar el claxon y el abuelo y yo salimos a la puerta. Traía una bolsa de viaje y un par de regalos bien envueltos en dos paquetes. Mi padre, otra cosa no, pero siempre solía tener estos detalles tras un largo viaje de negocios.

A mi abuelo le tocó una boina nueva, muy elegante, y a mí... ¡cómo no... un libro!



- Mira hijo, me han recomendado este libro que habla de la vida por estos pueblos.

Miré la portada y vi que el nombre del autor era el mismo que le encantaba a mi amiga Salma: Avelino, el del vecino pueblo de Valdegeña. Y pensé que tendría que leer algún libro de ese escritor.

Por la tarde me fui a dar un paseo con mi padre hasta el dolmen. Paseamos sin prisas, ¡cuánto tiempo hacía que no charlábamos de otra cosa que no fueran los estudios y mis suspensos! Lo noté de muy buen humor y por eso hablamos casi como amigos.

- Por lo que veo, estás muy feliz aquí...

Y mi padre me miró y me echó la mano por el hombro. Y continuó:

- Pero vivimos en la ciudad, ésa es la realidad. En la gran ciudad, con sus cosas buenas y malas.

Yo no sabría ahora decirnos qué cosas buenas podría ver mi padre en la ciudad. Sobre todo viendo el hermoso paisaje que nos envolvía.

Mi padre esperaba una respuesta y la tuvo:

- Pero el abuelo dice que cada uno vive donde está a gusto.

Mi padre no dijo nada. Sólo contemplaba el horizonte plagado de los espaguetis dorados en que se había convertido la cebada recién cosechada.

- Estamos al retestinero –le dije vacilando–.

- ¿Cómo?

Y le expliqué que era estar a pleno sol. Y me sentí importante al ver que yo le tenía que explicar algo a mi padre.

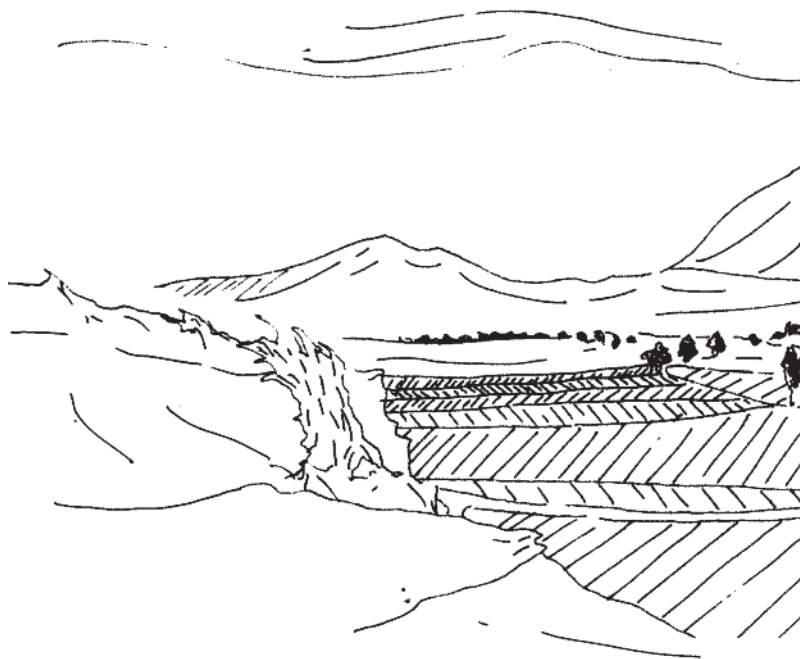
- ¿Conoces la leyenda del Tío Sartén? –pregunté mirando al gran dolmen–.

- Pues no me acuerdo, cuéntamela.

Empecé a hablar entusiasmado, notando que hilaba muy bien una frase con otra y que una idea me conducía a la siguiente. Creo que mi padre se daba cuenta y me miraba sorprendido. Y justo al acabar de contársela, mi corazón se aceleró y mi voz vaciló. Acababa de ver a Salma en el huerto del abuelo.

- Ven papá, que quiero presentarte a alguien muy especial, me ha enseñado mucho este verano.

Bajamos hasta la huerta y allí estaba Salma, junto a su abuelo, el mago de Trébago, y también su padre, cogiendo tomates, que estaban ya bien rojos a mitad de agosto.



El padre de Salma le ofreció unos cuantos a mi padre, pero no los aceptó. ¡A quién se le ocurre decir que no le gusta un tomate en verano...! No estuvo mi padre muy simpático con ellos, aunque a Salma le sonrió varias veces. No sé, sería que los zapatos de mi padre no tenían nada en común con las sandalias del padre de mi amiga. O tal vez que mi padre llevaba un rólex y el papá de Salma no llevaba nunca reloj en la muñeca. O quizá que mi padre lucía corbata hasta un dieciocho de agosto y el padre de mi novia iba a pecho descubierto y a veces sudaba mucho. O tal vez... tal vez que mi padre había nacido en Trébugo –España– y el



padre de Salma había nacido en el norte de Africa y sus pieles eran tan diferentes que les impedían comunicarse bien.

Nos despedimos con la excusa de que mi padre tenía que ver mis deberes de verano... ¡menuda excusa increíble! Habría sido mejor decir que teníamos que ayudar al abuelo, o ver la iglesia, incluso que papá tenía que mandar un e-mail al trabajo.

Y nos marchamos de la huerta.

- Papá, te ha cambiado el humor cuando hemos saludado a Salma y su familia. ¿Qué te pasa? –pregunté esperando una respuesta inmediata–.

- Mira hijo, me he gastado un dineral en tu educación y no estoy dispuesto a que... bueno, será mejor que te lo diga claro: mañana, en cuanto bailen, nos vamos a la ciudad.

Un mágico verano echado a perder en un momento. Pero yo estaba tan enfadado con mi padre que me habría gustado espetar contra él durante dos horas seguidas, pero decidí no decir nada, hacer como que no me fastidiaba apenas.

Con la absurda excusa de tener mucho empeño en repasar una lección de lenguaje, pasé toda la tarde ensimismado, mirando el torreón, sin saber qué pensar sobre la reacción de mi padre.

Por la noche, después de cenar, salí a la plaza, que era un auténtico hervidero de niños. Muchos habían venido esa misma tarde para pasar el fin de semana y se les veía entusiasmados.

Habíamos quedado los niños que bailábamos al día siguiente. En cuanto pude, me escabullí para estar a solas con Salma. Le conté que si nadie lo remediaba, aquélla era mi última noche en Trébago.

Y Salma empezó a hacerme algunas preguntas muy extrañas:

- ¿A tu padre le gustan las manzanas?

- Pues no mucho, no creo...-dije vacilante-.

- ¿Tu padre tiene el coche en la calle?

- Claro, en la misma puerta de casa del abuelo.

No entendía nada. Salma se despidió mientras yo debía regresar a los ensayos.

La danza salía bastante bien, pero todos estábamos muy nerviosos, sobre todo los nuevos.

Salma no apareció hasta muy tarde pero no me dijo dónde había estado. Parecía muy tranquila, como si no le importara que me marchara al día siguiente.

Y mi padre llegó a la plaza, con sus zapatos brillantes y su insoportable corbata. Yo no quería ni verlo, pero casualmente se dirigió hacia nosotros.

- ¿Os estáis despidiendo, Juan?

- Todavía queda mañana, el baile es por la tarde.

- Es una pena que tengáis que volver a la ciudad, a la Virgen del Río Manzano le habría gustado que os quedaseis todas las fiestas -dijo Salma-.

Y papá me cogió del hombro y nos fuimos a casa.

El abuelo estaba en mi habitación cuando subí a dormir.

- Bueno, Juan, después de todo... hemos pasado un estupendo verano. Y mañana a bailar mejor que nunca, recuerda las clases de Salma.

Y no pude aguantar más la presión del día y me derrumbé en los brazos del abuelo. Me eché a llorar como un niño que era todavía. Y no tuve ningún miedo de que el abuelo fuera a hincarme el diente, ¡me daba todo igual!

- Mira Juan, tú, mañana baila estupendamente y la Virgen del Río Manzano seguro que hace algo por ti. Ahora, repasa tu cuaderno del verano y apunta las cosas más importantes del día, como haces siempre.

No me dijo más. Se marchó escaleras abajo para tomar el fresco en la puerta con el abuelo de Salma.

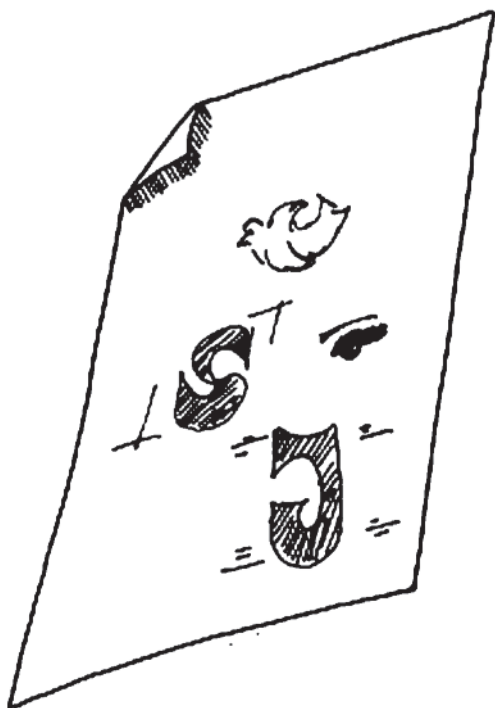
¡Me encantaría que el abuelo de Salma, el mago de Trébagó, pudiese hacer un truco de magia y quedarme durante todas las fiestas –pensé con tristeza–.

No sé el tiempo que tardé en dormir. Primero abrí el cuaderno y garabateé lo que me vino a la cabeza: una extraña paloma sobrevolando unas letras...

Más tarde, revisé las palabras que tenía apuntadas. Rodeé zamalomángolo. Y leí: hace algo de mala

gana, con indolencia. Y pensé que el verano me estaba cambiando. Antes sí que hacía las cosas a lo zamalomángolo, pero ahora todo tenía un sentido.

Miré hacia el torreón durante horas, quizá media noche, hasta que me quedé dormido.



7.- La fiesta

Por fin llegó el día de la fiesta. Mejor dicho, el día de la víspera. Me desperté nervioso, porque esa misma tarde era el primer día del Baile de la Virgen. Y muy inquieto estuve durante todo el tiempo. A las siete de la tarde comenzó a sonar la música de los gaiteros —esta vez no eran de primaria, sino verdaderos gaiteros—. Bajé hasta la puerta. Muchos vecinos ya estaban en la calle, acompañando a los músicos para pedir el trigo por las casas y ofrecer a los vecinos unas pastas.

El abuelo me vistió con el traje típico de danzante y mi padre me miraba sonriendo, como si no se diera cuenta del daño que me hacía.

El abuelo también se puso elegante, la boina nueva la había estrenado esa misma mañana, aunque fuera verano, mi abuelo no podía vivir sin ella. Y nos marchamos a la iglesia los tres. Todo estaba dispuesto. El gran momento había llegado. La música sonó y los pies comenzaron a moverse armoniosamente. Salma estaba ahí, mirando mis pasos, y eso me gustaba.

A la salida de la iglesia, todos los vecinos me dieron un abrazo y me dijeron que había bailado muy



bien. Aunque no quería ni acordarme del colegio, sí que lo hice de la profesora de música y pensé en la cara que le quedaría cuando el primer día de curso me viera danzar en la clase... pero mi problema ahora era otro y no disponía de mucho tiempo. Todo había acabado. Sólo quedaba quitarse el traje y despedirme.

- Vamos Juan, es hora de marcharnos, ya volveremos antes de la Navidad –dijo sin gracia papá–.

Con el calor que hacía todavía a finales de agosto, como para pensar en la Navidad, ¿a quién le importaba la Navidad viendo que perdía la mirada de Salma? Y tal vez fuera para siempre.

- Sube a tu cuarto, quítate el traje, que yo voy cargando el coche y nos vamos antes de que anochezca.

Me estaba quitando el chaleco cuando escuché el motor del potente coche de papá. Seguramente querría acercarlo más a la puerta de casa para meter las maletas.

Y al momento dejó de escucharse. Y un instante después volví a escucharlo. Y dejé de oírlo...

Escuché al abuelo hablar con mi padre. Algo pasaba porque mi padre estaba muy nervioso, como un auténtico baltabarros.

- ¡Maldita sea, pero si sólo tiene diez mil kilómetros!

No podía creerlo. El todopoderoso auto había hecho ¡ploff!

- ¿Y no hay un taller de guardia?

Casi no pude aguantar la risa. En Trébago está de guardia la Virgen, el río, la iglesia, el dolmen del Tío Sartén, el altaguitón... ¡Un taller de guardia en plenas fiestas! ¡Qué ocurrencia!

- ¿Y no hay nadie que arregle coches? ¿un mecánico?

- Sí, hay uno muy bueno, quizá él pueda ayudarte, pero claro, estamos en fiestas –le dijo el abuelo poco convencido–.

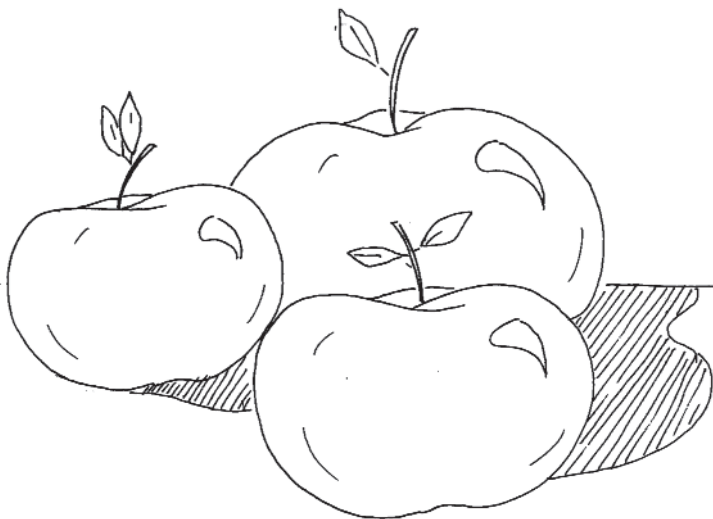
- Da igual, le daré lo que sea, pero necesito el coche para mis viajes de negocios.

Y acompañamos a papá hasta la casa de Salma. Su padre, el que nació en el norte de África, era el mejor mecánico de los alrededores.

Mi padre se quedó de piedra al verlo.

- Le daré lo quiera señor –le dijo–.

Y el padre de Salma fue hasta casa del abuelo, se colocó su mono azul y se metió bajo el coche. Al momento salió y dijo:



- Ya está señor, arranque usted.

Mi padre le obedeció y arrancó. Esta vez ya no se paró el motor.

- Muchas gracias, señor –dijo papá en tono agradecido–. Me ha salvado de una buena. ¿Qué le doy? Le dije que cuanto quisiera.

Y Salma y su padre se miraron.

- Ya sabe, no quiero dinero. Sólo que el chico se quede a terminar las fiestas, como debe ser.

Y mi padre echó una mirada a todos los que le observábamos.

- No puedo negarme, además he sido injusto con él y con ustedes. Juan, te quedas en Trébago hasta

dos días antes de que empiece el colegio. Y ahora... ¿a qué esperáis? Marchad al baile, rápido.

Y le di un beso a mi padre y eché a correr de la mano de Salma.

Al llegar a la plaza no pude resistir la pregunta:

- ¿Qué le hiciste al coche de papá?

- Yo nada. Ya sabes que a nuestros abuelos les gusta coger algunas manzanas verdes a finales de agosto. Y tienen el tamaño justo del tubo de escape... No lo olvides, el Tío Sartén y el mago de Trébago consiguen siempre lo que quieren.

- ¡No me digas que gracias a las manzanas no ha arrancado el coche... !

Y nos pusimos a bailar en el corro con todos los amigos.

8.- Septiembre

Las fiestas fueron estupendas, casi podría escribir un libro hablándoos de ellas. Pero como todo lo bueno, pasaron rápidamente y los primeros días de septiembre se asomaron al calendario anunciando la despedida del verano, de mi primer verano en Trébago.

Mi padre me llamaba a diario y me preguntaba por Salma y por los demás amigos. Se estaba ocupando de que a mi regreso a la ciudad no me faltara nada de nada. Pero algo me iba a faltar más que el aire.

El viento soplaba con fuerza a primeros de septiembre y decidimos dar el último paseo del verano hasta el Dolmen del Tío Sartén. Ánder y Rubén vendrían más tarde, ya se habían acostumbrado a dejarnos a solas de vez en cuando.

Divisamos la figura de mi abuelo junto a la gran piedra, sentado bajo ella y Salma y yo nos miramos sorprendidos.

- Ya estamos a nueve de septiembre, ¡cómo pasa el tiempo!

- Ya se sabe, en cuanto cumples los diez años el tiempo vuela... –me dijo Salma–.



Me quedé mirándola sorprendido por su afirmación. Salma no aparentaba tener diez años, sino por lo menos trece, por su forma de hablar y actuar.

- Se me ha pasado el verano volando –le dije–.

- Y bailando. Recuerda la sorpresa que le darás a la profe de música.

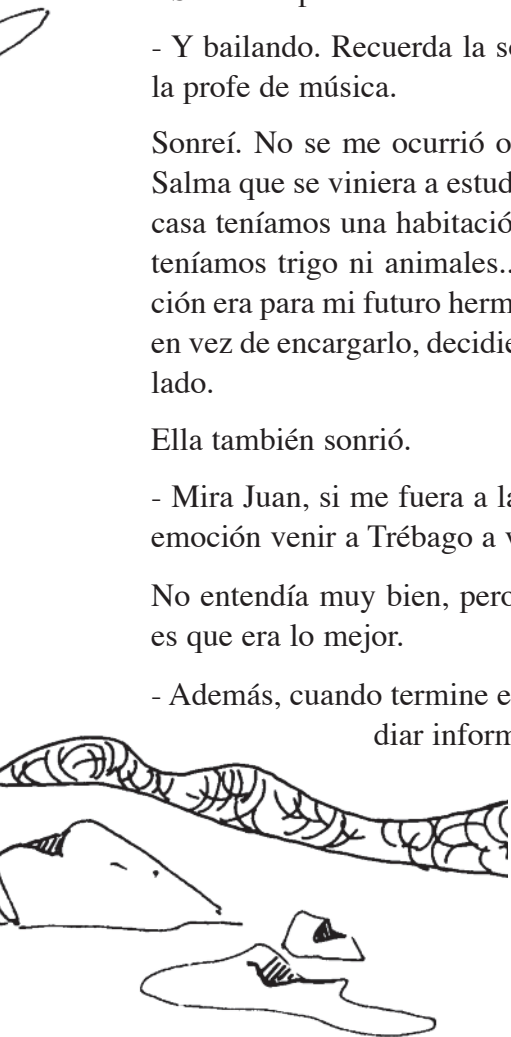
Sonreí. No se me ocurrió otra cosa que decirle a Salma que se viniera a estudiar a la ciudad, que en casa teníamos una habitación de sobra y como no teníamos trigo ni animales... En teoría, la habitación era para mi futuro hermanito pero mis padres, en vez de encargarlo, decidieron ir cada uno por su lado.

Ella también sonrió.

- Mira Juan, si me fuera a la ciudad ya no tendría emoción venir a Trébugo a visitarme, ¿no crees?

No entendía muy bien, pero si ella lo tenía claro, es que era lo mejor.

- Además, cuando termine el instituto quiero estudiar informática y no tendré más remedio que ir a la ciudad. Y como el tiempo pasa tan rápido... Y nos



veremos en verano, los puentes, las vacaciones...
—continuó Salma—. Creo que tu padre y tu abuelo tienen mucho de qué hablar.

“De casta le viene al galgo” —pensé—. Me pasará como les ocurrió a mis padres, que tendré que separarme de quien quiero. No entendía nada.

- Vamos a ver al abuelo, me muero de ganas de preguntarle algo.

Nos acercamos al Tío Cayo que, al vernos por allí, nos invitó a sentarnos debajo del dolmen, junto a él.

- Abuelo, ¿tú eres el verdadero Tío Sartén?

Mi abuelo no se desconcertó en absoluto. Yo no dejaba de mirar hacia el enorme pedrusco de más de cinco metros de altura. Por una parte, ya sabía que mi abuelo, fuera o no el Tío Sartén, no me comería, pues había bailado a la Virgen, pero no estaba tan seguro de que el dolmen se nos viniera encima a los tres.

- Yo soy tu abuelo. El Tío Sartén estará en alguna parte, quizá por aquí, o en el río, o en el Torreón, o leyendo un libro de Avelino o... quizá sigue dormido debajo de esta roca.

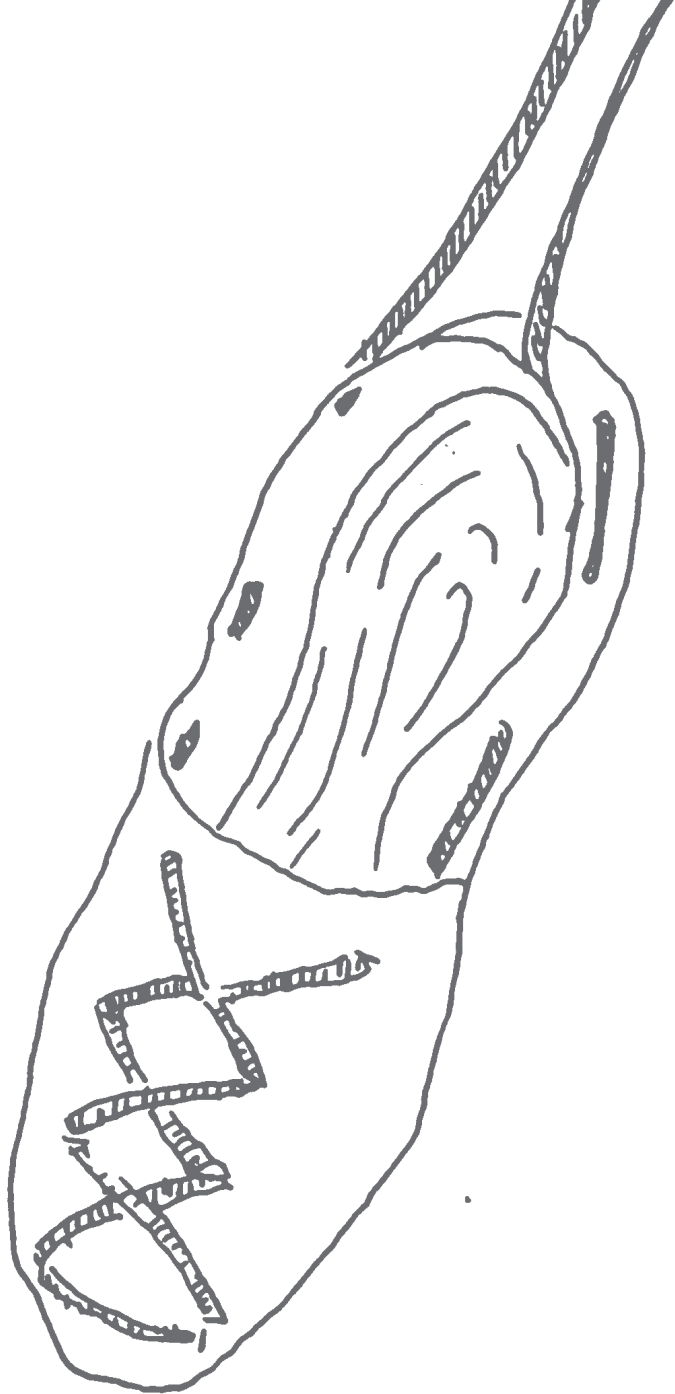
No dijimos nada ni Salma ni yo. El abuelo pareció leernos el pensamiento.

- Yo también estoy triste porque acaba el verano y Juan tiene que marcharse. Si queremos seguir estando presentes, aunque no nos veamos, tendremos que hacer como el Tío Sartén. Debemos buscar algo que nos una en el tiempo y en el espacio. Tal vez esta piedra nos dé la solución.

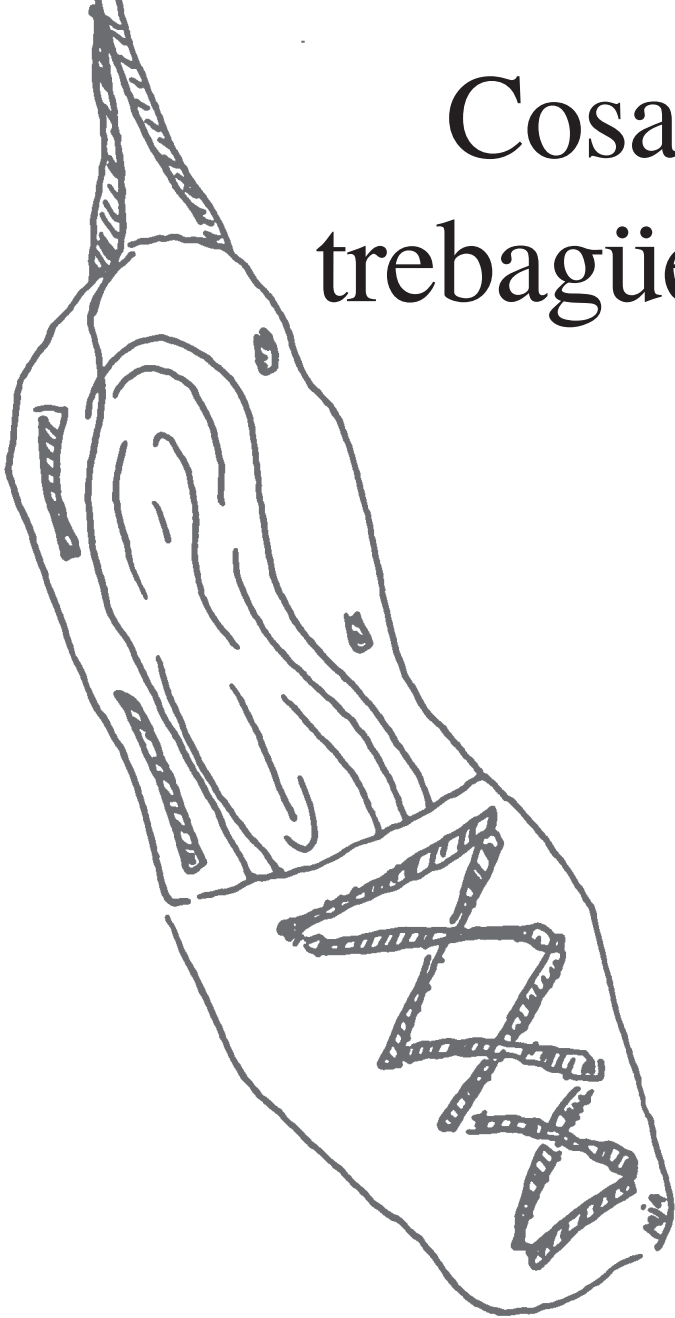
Y el abuelo cogió tres pedrusquitos y nos entregó uno a cada uno y él se metió otro en el bolsillo.

- Cuando regreses a Trébago, Juan, –empezó a hablar Salma– nos veremos aquí los tres y nos contaremos nuestras cosas. No se te olvide traer el pequeño dolmen que nos ha dado tu abuelo.

Y nos reímos los tres, al mismo tiempo que comenzamos a andar, camino del pueblo. El verano decía adiós y mi primer verano en Trébago era ya historia, una hermosa historia para siempre.



Cosas trebagüesas



Ya sabes que, hace unos cuantos años, Trébago –como casi todos los pueblos de Soria– estaba mucho más poblado que en la actualidad. Entonces, cuando el abuelo de Juan era niño como tú, era frecuente escuchar palabras que hoy se las está llevando el tiempo al desván del recuerdo. Para poder retenerlas, recordarlas o, por lo menos, para saber que algún día fueron protagonistas en las conversaciones habituales de los trebagüeses, te escribo aquí unas cuantas junto a su significado y una frase aclaratoria.

Altaguitón: estupendo plato que consiste en un caldo con tortilla de miga de pan partida en cuadraditos... “El altaguitón fue la comida que descubrió Juan su primer día en Trébago”.

Apegatas: flores de una planta que tienen muchos pinchitos, son de color verde y se enredan fácilmente en la lana o en el pelo. Solía ser un juego muy utilizado “tirarse apegatas”... “A Juan se le enredaron dos apegatas en el pelo y Salma se las quitó”.

Baltabarros: persona que tiene muy mal humor. La palabra puede proceder de un arroyo situado en Matalabreras y que se desborda fácilmente en época de lluvias... “El papá de Juan se puso como un baltabarros al verle con Salma”.



Espetitar: renegar o despotricar cuando estás enfadado... “Juan no dejaba de espetitar cuando le dieron las notas en junio”.

Güina: la persona que espía es una güina. Muy atribuido a las mujeres antaño, ahora hay güinas y güinos, seguro. Los que se quieren enterar de todo... “Eres un cotilla, una güina que dirían en Trébago”.

Laco: uno que bebe mucha agua... “No seas laco, has comido cerezas y luego te dolerán las tripas”.

Pispelda: rabisalsera, muchacha muy viva... ¿Y qué quiere decir rabisalsera? Pues es un sinónimo de pispelda, muy desenvuelta para la vida... “Salma era una niña pispelda y resolvía fácilmente los problemas”.

Trosquil: pedazo grande de pan... “Juan merendó un trosquil con chocolate”.

Zangolomángolo: hacer algo con desgana, como te pasa a ti de vez en cuando con los deberes... “Preparé las tareas a lo zangolomángolo y me salieron mal”.

Zarrapita: Terminarte toda la comida... “Arrebañó el plato, no dejó ni zarrapita”.

C



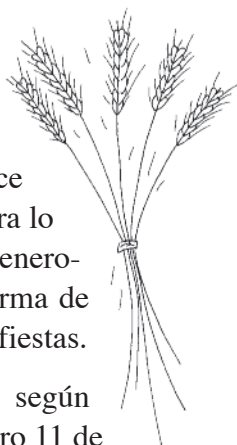
Conocer Trébago



nia

Trébago (Soria) apareció mágico ante mis ojos hace muy poco tiempo, durante mi visita a las Fiestas. En el cuento mezclo a partes iguales fantasía y realidad. Por ello, si tienes relación con Trébago y sus alrededores, quizá al leer este libro y comentarlo con tus padres o abuelos te digan que ciertos hechos los han conocido.

La recogida del trigo: Es una tradición trebagüesa en la que los jóvenes del pueblo pasan por las casas a recoger dinero para la Virgen. Hace tiempo, los vecinos daban trigo, que era lo mismo que dar dinero. Simboliza la generosidad después de la cosecha y una forma de dar gracias antes del comienzo de las fiestas.



La leyenda de la Mora Encantada: según recoge D. Santiago Lázaro en el número 11 de La Voz de Trébago, en tiempos de un alcalde moro, fue condenado un jefe cristiano a las mazmorras del castillo. La hija del alcalde se enamoró del prisionero y se convirtió al cristianismo. El padre puso fin a la vida del prisionero y la hija se encerró en la prisión. Cuando el castillo fue liberado por las fuerzas cristianas, la hija del alcalde moro fue respetada. Se refugió en una cueva cercana, llevando una vida eremítica –que es lo mismo que llevar una vida muy sencilla–, alimentándose tan sólo de man-

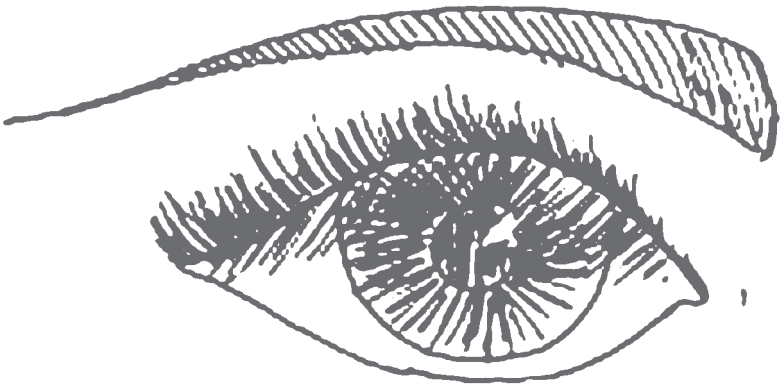
zanas. Un día de tormenta fue salvada por la Virgen y ésta le pidió a la mora que edificara un templo en su honor. La imagen de la Virgen quedó grabada en la arena y desde entonces es llamada Nuestra Señora del Manzano.

La leyenda del Tío Sartén: Este singular personaje fue un gobernador del pueblo. Decían unos que era más fuerte que el propio Hércules, pero otros tantos comentaban que no era cierta tal fortaleza. El tiempo hizo que la población estuviera dividida y para salir de tan gran duda, el Tío Sartén convocó a los vecinos en el paraje de La Peña del Mirón, cogió el enorme pedrusco y lo levantó por encima de sus hombros. Tal esfuerzo provocó que se desplomara y muriera en el acto. Los habitantes lo enterraron allí mismo, al pie del dolmen que lleva su nombre. Quizá esa piedra fuera una especie de monumento al Tío Sartén.

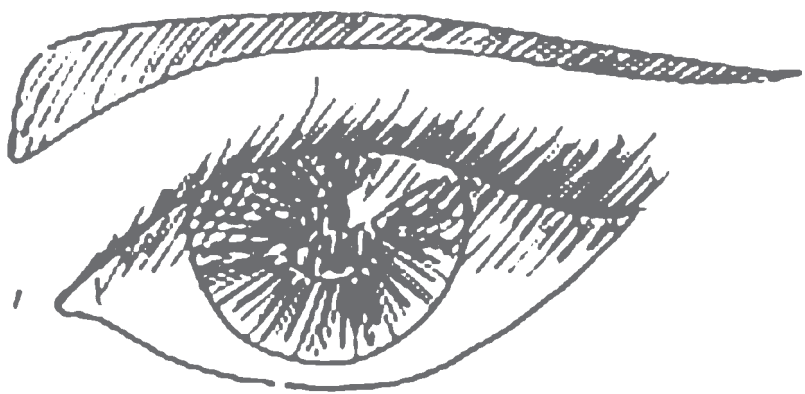
El Baile de la Virgen: Es una danza típica ancestral –que quiere decir que es muy vieja la danza–, que la bailan los hombres, de tres en tres, levantando los brazos y deslizando ligeramente los pies. Se celebra el día de la víspera de la fiesta y el día de la fiesta, y se baila a la Virgen del Río Manzano, a Nuestra Señora de la Asunción y a la Virgen del Rosario.



Taller de

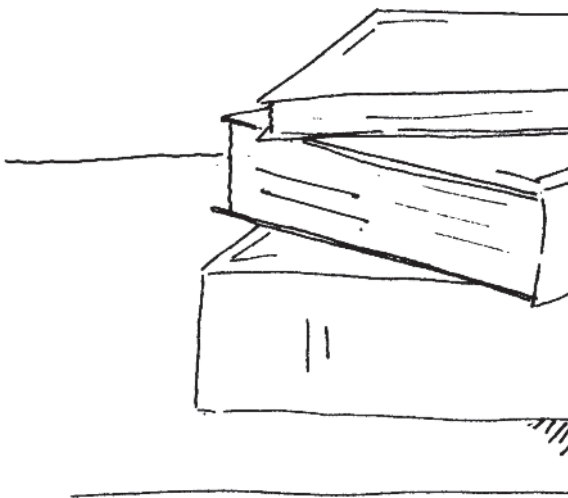


e lectura



1.- PROTAGONISTA

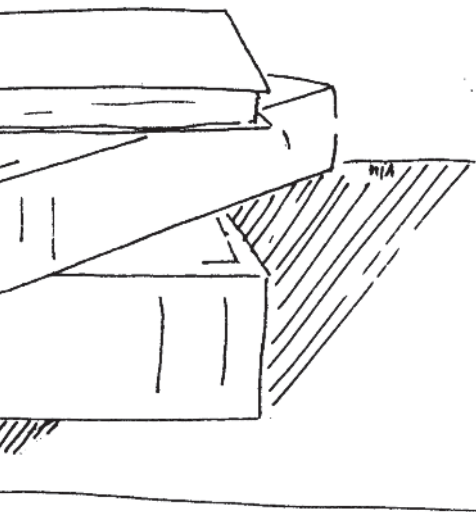
Los niños protagonistas de cuentos tienen unas cualidades muy peculiares. Elige dos características que describan a Juan, el protagonista de este verano tan especial. Presumido-Curioso-Hábil-Inteligente-Distraído-Vago



2.- LEE ATENTO

Aquí te copio una frase del primer capítulo. Tan sólo hay una palabra diferente. Lee con atención y escribe la frase tal y como aparece en el libro.

Podría haber dicho: “Espósele delante del libro de Matemáticas y quítele la paga...”.



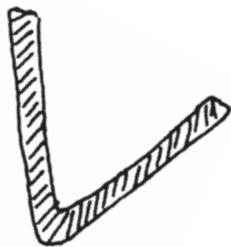
3.- TRÉBAGO Y TRÉVAGO

Observarás que el nombre de este pueblo puede escribirse tanto con B como con V. Yo te propongo que uses correctamente esas dos letras en este grupo de palabras:

..... alta arros erano acaciones

A elino uscar a uelo

Ru én alle aile



4.- UNA DE MATES...

Juan llegó a Trébago el primer día de julio y se marchó el nueve de septiembre. ¿Cuántos días duró su primer verano en Trébago?

Datos:

Operación:

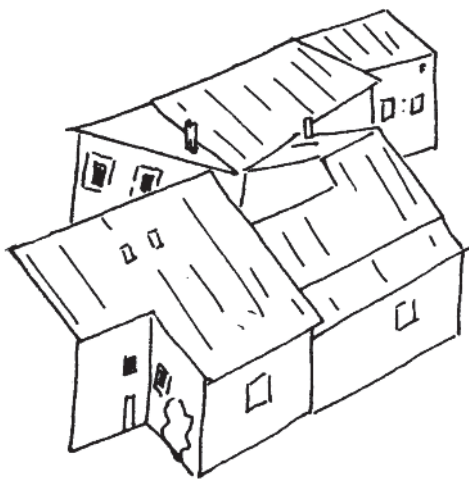
Solución:



5.- LA SIERRA DEL MADERO

Entre estos pueblos cercanos a la Sierra del Madero se me ha colado uno que está muy lejos de Trébago. Márcalo.

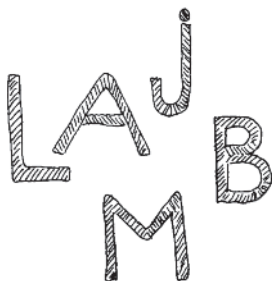
- A) Valdegeña
- B) Matabreras
- C) Fuentestrún
- D) Medinaceli



6.- SOPA DE TRÉBAGO

He preparado una rica sopa de Trébago. Identifica seis nombres relacionados con este cuento: Torreón-Dolmen-Salma-Juan-Abuelo-Manzano-

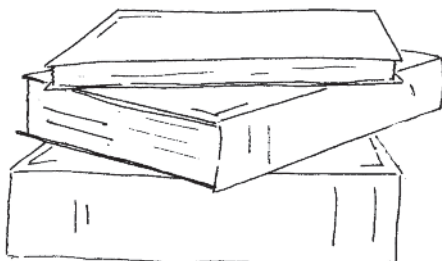
T	J	U	A	S	A	L	J	A	B
O	N	B	O	N	O	R	A	S	Y
R	O	R	J	I	U	E	T	N	S
R	E	B	T	R	R	O	R	E	O
S	R	P	R	S	N	T	E	M	L
E	R	P	I	A	A	D	S	L	E
D	O	Z	Z	M	R	L	N	O	U
R	T	N	X	O	O	A	M	D	B
O	A	A	U	I	U	E	T	A	A
M	A	N	A	J	U	J	O	N	G



8.- AVELINO Y SUS LIBROS

Avelino Hernández sigue en la memoria de todos los niños sorianos gracias a sus estupendos libros. Uno de esta lista de libros no es obra de Avelino. Márcalo.

- El Valle del Infierno
- Silvestrito
- El Ogro Ñes
- Una vez había un pueblo
- La boina asesina del contador de cuentos



9.- BAILANDO

Relaciona estos bailes típicos con la Comunidad o pueblo donde se celebran:

Isa

Cataluña

Jota

Trébago

Baile de la Virgen del Río Manzano

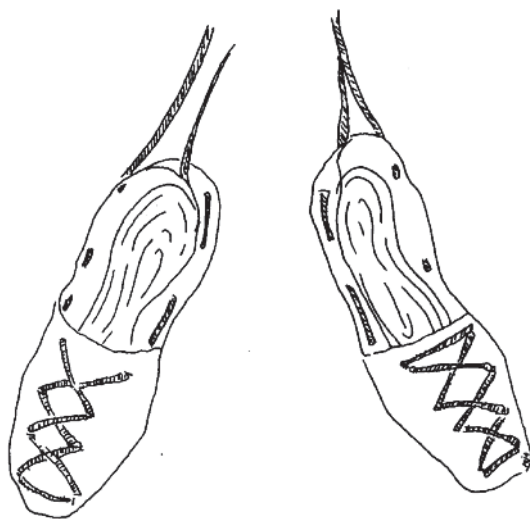
Galicia

Muñeira

Canarias

Sardana

Aragón



11.- COMIDAS TÍPICAS

Relaciona cada comida típica con la localidad:

Morcilla

Arcos de Jalón

Altaguitón

El Burgo de Osma

Chorizo

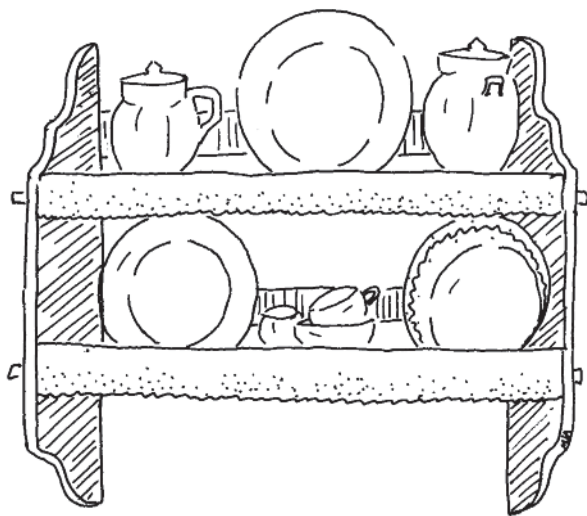
San Pedro Manrique

Vino

San Esteban de Gormaz

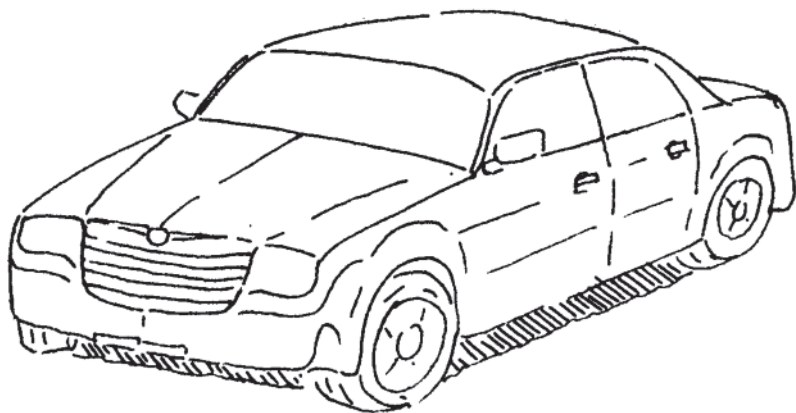
Turrón

Trébago



12.- AYUDAS

¿Quién crees tú que ayudó a Juan para que el cochazo de su padre no funcionase?



13.- LEYENDA

La idea para escribir este libro surgió cuando leí dos leyendas: la de la Peña del Mirón y la de la Mora Encantada, que puedes leer en la web del pueblo (www.trebago.com). Elige la respuesta correcta que defina leyenda:

- A) Antiguo personaje romano que destacaba por su forma de leer.
 - B) Diccionario que nos descubre todas las palabras que se usaban antiguamente.
 - C) Torre de una iglesia.
 - D) Historia que cuenta sucesos imaginarios basados en hechos reales.
-



14.- EN ORDEN

Ordena estas frases según aparecen en el texto.
Numéralas del 1 al 4.

Y el abuelo cogió dos pedrusquitos y nos los entregó a cada uno.

A las siete de la tarde comenzó a sonar la música, unos gaiteros.

Es que no llevo, tengo que estar en el aeropuerto a las cuatro, gracias papá, cuando vuelva a por el crío.

Si es posible, busque un lugar de sosiego para que su hijo trabaje y estudie.



15.- RÍOS SORIANOS

Entre estos ríos aparece uno que no riega las tierras sorianas. ¿Cuál es?

Manzano

Jalón

Revinuesa

Ucero

Miño

Duero

Razón



16.- CÓMIC

Te propongo una atractiva actividad. En estas cuatro viñetas realiza un cómic sobre el cuento que has leído. Puedes usar cualquier técnica, sólo piensa bien antes de comenzar.

17.- PUEBLOS

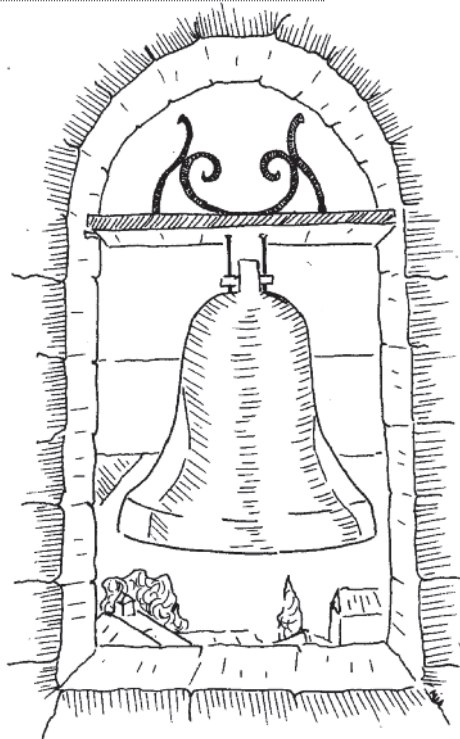
Juan no había estado nunca en Trébago y durante su primer verano descubre las ventajas que tiene vivir en un pueblo como Trébago.

Quizá tú vivas en una ciudad como Juan. ¿Podrías darme tres ventajas que observes de vivir en un pueblo respecto a vivir en una ciudad? Piensa en lo que haces en verano en el pueblo y las deducirás rápidamente.

1^a

2^a

3^a



Índice

Mi primer verano en Trébago	9
1.- Cinco suspensos, cinco	10
2.- El vago de Trébago	15
3.- El torreón mágico	24
4.- El verano en Trébago	37
5.- La primera salida nocturna	43
6.- La llegada de papá	47
7.- La fiesta	56
8.- Septiembre	61
Cosas trebagüesas	67
Conocer Trébago	71
Taller de lectura	75

Hoja de autores

ANTONIO DE BENITO

Nace en Arcos de Jalón –Soria–, trabaja en el colegio Sagrado Corazón Jesuitas de Logroño y últimamente desarrolla su labor literaria centrada en los lectores más pequeños. Ha publicado los libros infantiles “Musicuentos”, “El Ogro Ñes”, “Aurelio, el camello de Melchor”, “Los Pérez Grinos”, “La maravillosa aventura de Champ y Ñon”, “Deportesías”, “Peña y Luisón”, “Oír Nólaj”, “El mágico libro de Don Cel”, el poemario “Haikus de Jalón” y algunas obras teatrales. Ha participado en numerosos libros colectivos y habitualmente colabora en Heraldo de Soria, Heraldo de Aragón, RNE y revistas literarias.

MARÍA JOSÉ ACHIAGA

Natural de Logroño. Licenciada en la facultad de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid. Ha puesto su creatividad al servicio de varias obras teatrales decorando escenarios, y desde hace algún tiempo colabora con Antonio de Benito en proyectos de libros infantiles, como ocurrió en “Deportesías”. Le encanta viajar por el mundo de los cuentos poniendo imagen a las palabras y miradas a los paisajes.



Has pensado cómo sería un verano con cinco suspensos bajo el brazo, un abuelo misterioso y un pueblo desconocido? Si tu respuesta es sí, podrás imaginar ya todas las aventuras que le suceden a Juan en su primer verano en Trébago junto al abuelo, la morena niña Salma y su grupo de amigos. Por estas páginas discurrirán lugares fantásticos como el mágico Torreón, el Río Manzano, el dolmen del Tío Sartén; situaciones divertidas de un mágico verano, las fiestas del pueblo, un padre egoísta, el verdadero valor de la amistad... Y si tu respuesta es no, pues no tendrás más remedio que leer este libro.

Al finalizar el cuento, encontrarás una serie de secciones: Cosas Trebagüesas, Conocer Trébago y el Taller de Lectura Final con actividades para releer el libro y divertirse aprendiendo detalles sobre este increíble pueblo a la falda de la Sierra del Madero.

